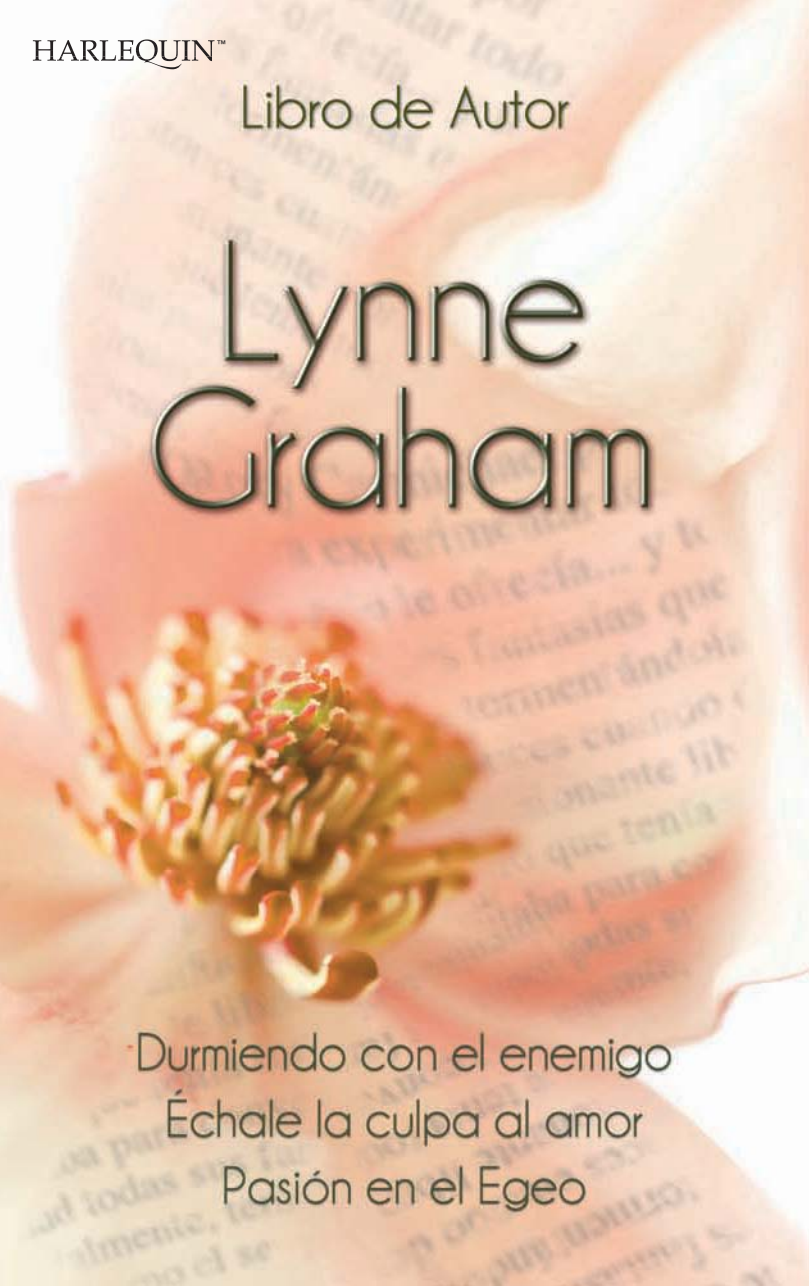
HARLEQUIN™

Libro de Autor

# Lynne Graham



Durmiendo con el enemigo
Échale la culpa al amor
Pasión en el Egeo

Lynne
Graham

# Durmiendo con el enemigo

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Lynne Graham. Todos los derechos reservados.
DURMIENDO CON EL ENEMIGO, Nº 112 - marzo 2011
Título original: The Contaxis Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

© 2002 Lynne Graham. Todos los derechos reservados.
ÉCHALE LA CULPA AL AMOR, Nº 112 - marzo 2011
Título original: A Mediterranean Marriage
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

© 2004 Lynne Graham. Todos los derechos reservados.
PASIÓN EN EL EGEO, Nº 112 - marzo 2011
Título original: The Stephanides Pregnancy
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres
Publicados en español en 2003 y 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9867-6
Editor responsable: Luis Pugni
Imagen de cubierta: CZALEWSKY/DREAMSTIME.COM

# Capítulo 1

CUANDO Sebasten Contaxis se acercó a Ingrid Morgan para darle el pésame por la pérdida de su único hijo, la mujer se apoyó en su pecho y comenzó a llorar como si le hubieran arrancado el corazón.

Los demás presentes en aquella casa de Brighton miraron con curiosidad. Aquel hombre alto, fuerte, bronceado y de aspecto autoritario se parecía mucho a… No, no podía ser. ¿Cómo iba a estar allí? ¿Cómo iba a ir el magnate griego de la electrónica al funeral de Connor? Alguien se dio cuenta de que había una limusina en la calle y dos guardaespaldas esperando en la acera. Entonces, empezaron los cuchicheos.

Con los ojos vidriosos, Sebasten esperó a que Ingrid se repusiera un poco.

–¿Podemos hablar en privado?

–¿Sigues empeñado en no manchar mi nombre? –dijo Ingrid levantando la cara. Sebasten se quedó impresionado del sufrimiento que vio reflejado en sus rasgos, antaño bonitos. Se dio cuenta de que el amor que sentía Ingrid por su hijo sobrepasaba al que había sentido por su padre, también fallecido–. Ahora ya da igual. Connor se ha ido a

un lugar donde mi pasado ya no puede avergonzarlo…

Ingrid lo acompañó a un elegante estudio y sirvió dos copas. Siempre había sido delgada, pero ahora estaba ya demacrada, aparentaba más edad de los cincuenta años que tenía. Había sido la amante de su padre durante bastante tiempo y muchos de los pocos recuerdos felices que Sebasten tenía de su infancia se los debía a ella y a Connor, que era cinco años más pequeño que él. Siempre lo había tratado como el hermano pequeño que nunca tuvo. Se convirtió en un estupendo jugador de polo al que las mujeres, y también los hombres, adoraban. Hacía un año que Sebasten no lo veía.

–Lo han matado… –dijo Ingrid.

Sebasten no dijo nada. Había oído que el accidente de coche que había sufrido su hermano no había sido un accidente, sino un suicidio, y sabía que no había manera más dolorosa de perder a un ser querido. Sabía que Ingrid necesitaba hablar y que escucharla era lo mejor que podía hacer por ella en aquellos momentos.

–Me caía bien Lisa Denton… ¡Cuando conocí a esa arpía me cayó bien! –exclamó Ingrid con amargura–. Me di cuenta de que Connor estaba enamorado de ella cuando dejó de contármelo todo. Aquello me dolió, pero tenía veinticuatro años, así que no dije nada.

–¿Lisa Denton? –repitió Sebasten.

–¡Una niña rica y mimada que disfruta volviendo locos a los hombres! En solo tres meses,

Connor se enamoró perdidamente de ella. Luego, sin previo aviso ni justificación, ella se cansó de él. Lo dejó en una fiesta hace dos semanas… se presentó con otro… se rio de Connor… ¡Sus amigos me lo han contado todo!

Ingrid hizo una pausa para tragar saliva con dificultad.

–Connor le suplicó, pero ella ni se ponía al teléfono. El pobre no había hecho nada. No pudo soportarlo –sollozó Ingrid–. ¡No podía dormir, así que se fue a dar una vuelta en coche en mitad de la noche y se estrelló contra una pared!

Sebasten la abrazó mientras pensaba con disgusto en lo que le acababa de contar. Supuso que a una mujerzuela así no le habría costado manipular a Connor como si fuera de mantequilla.

–Me vas a odiar por lo que te voy a decir…

–No digas tonterías.

–Connor era tu hermanastro.

Sebasten suspiró y miró a Ingrid a los ojos.

–No… es posible –dijo. No quería que fuese cierto, ya no podía hacer nada.

Ingrid no podía parar de llorar y de justificarse. Sebasten la miró como si no la hubiera visto nunca. Nunca se lo había dicho a Andros, su padre, porque sabía que era un hombre al que no le gustaba ver el nombre de su familia mezclado con escándalos.

–Si Andros lo hubiera sabido, me habría obligado a abortar. Lo dejé y me fui. Volví a los dieciocho meses y le dije que había tenido otra relación que no había ido bien. Supliqué… hasta que me aceptó de nuevo.

–¿Por qué no me lo has dicho antes? –le espetó Sebasten. En cuestión de segundos, la muerte de Connor había pasado de ser algo muy triste a atenazarle, literalmente, el estómago. Sabía la respuesta a su pregunta. Sabía que Ingrid no había dicho nada por miedo, porque quería a su padre mucho más de lo que él la había querido nunca a ella.

–Te lo estoy contando porque quiero que hagas que Lisa Denton se arrepienta de haber nacido… –confesó Ingrid con odio–. Eres uno de los hombres más ricos del planeta. No me importa cómo lo hagas. Seguro que tienes contactos a los que les puedes pedir que la castiguen de alguna forma por lo que le ha hecho a Connor.

–No –murmuró Sebasten, un hombre de un metro noventa y cinco de ojos ámbar oscuro–. Soy un Contaxis y tengo honor.

Minutos después, Sebasten salió de casa de Ingrid sin hacer ni caso a los curiosos que lo miraban. En la limusina, se sirvió un whisky doble. Estaba pálido. No dudaba de que Ingrid le había contado la verdad. Connor… su hermano pequeño, al que solo había visto un par de veces en algún partido de polo en los últimos años. De haberlo sabido, podría haberlo protegido de alguna manera. Desde luego, le podría haber enseñado cómo manejar a ese tipo de mujeres. ¿Acaso se habría enterado Lisa Denton de que, pese a su fama y a sus amigos ricos, Connor no tenía fortuna y vivía de lo que ganaba en el polo? ¿Acaso la adoración de perrito faldero la había aburrido?

¿Sería una mujer que coleccionaba hombres como trofeos?

Sintió una inmensa pena por Ingrid, que, a pesar de haber pasado muchos años en Grecia, no se había enterado de que un hombre no habla de cuestiones de honor con una mujer.

Maurice Denton miró por el escaparate de la biblioteca y se giró hacia su hija con furia.

–Lo que has hecho no tiene excusa.

Lizzie estaba pálida como una tiza y su pelo cobrizo brillaba como si estuviera en llamas.

–No te lo he pedido –murmuró–. Ya te he dicho que… todo el mundo comete errores… y yo cometí un error saliendo con Connor.

–Hay unas normas de comportamiento y las has roto todas –continuó su padre con dureza–. Me das vergüenza.

–Lo siento –contestó ella, dolida–. Lo siento… mucho.

–Un poco tarde, ¿no? Lo que no te puedo perdonar es la vergüenza pública que le estás haciendo pasar a tu madrastra. Anoche, Felicity y yo teníamos que haber cenado con los Jurgen, pero cancelaron la cena con una excusa cualquiera. Todo el mundo dice que tu crueldad acabó literalmente con el joven Morgan y a nosotros nos empiezan a tratar como a apestados…

–Papá…

–Hannah Jurgen quería mucho a Connor, como mucha otra gente. Felicity se llevó un disgusto de

muerte cuando cancelaron la cena. ¡Desde que los detalles habían comenzado a filtrarse en la prensa, Felicity no dormía!

Pálida como la leche, Lizzie desvió la mirada con un gran nudo en la garganta. Le podría decir que su joven y bella mujer, el centro de su universo, no dormía porque temía que la descubrieran; pero, ¿qué derecho tenía a jugar a ser Dios con el matrimonio de su padre? ¿Qué derecho tenía a hablar y a destruir aquel matrimonio y la seguridad del hijo que iba a nacer?

–¿Crees que una mujer embarazada puede vivir así, viendo cómo sus amistades le dan la espalda porque tú te hayas convertido por méritos propios en una paria?

–Solo dejé a Connor. No hice nada más –contestó Lizzie temblando. No estaba acostumbrada a que su padre le hablara con tanta frialdad. Estaba tan dolida, que no encontraba las palabras para defenderse–. No soy culpable de su muerte –juró fervientemente–. ¡Tenía problemas que no tenían nada que ver conmigo!

–Esta mañana, Felicity se ha ido a la casa de campo a descansar –dijo su padre como si estuviese dictando una condena–. Quiero que vuelva a mi lado, donde debe estar, debo cuidarla. Por eso he tomado una decisión que, de hecho, tendría que haber tomado hace tiempo: voy a dejar de pagar tus gastos y quiero que te vayas.

Lizzie no pudo abrir la boca de la conmoción. La iban a arrojar a los lobos por culpa de su madrastra. Miró con incredulidad al padre a quien ha-

bía adorado desde la infancia, al padre a quien había intentado proteger y evitar dolor y humillación, a pesar de que su propia vida se desintegraba.

Maurice siempre había sido un padre dedicado. Su madre había muerto cuando ella tenía cinco años y en los quince años siguientes, hasta que se había vuelto a casar, se había formado un vínculo muy especial entre padre e hija. Sin embargo, desde que conoció a Felicity, aquel vínculo se había ido rompiendo. Felicity se había encargado de ser lo más importante tanto en la vida de su marido como en su casa.

–No lo hago como un castigo, pero es obvio que te he mimado hasta límites insospechados y lo único que he conseguido es que no te importen nada los sentimientos de los demás…

–Eso no es cierto… –se defendió Lizzie, destrozada.

–Me temo que sí. Creo que lo mejor que puedo hacer por ti es obligarte a que te enfrentes al mundo real tú solita. Se acabó el ir a los bailes a la última moda y burlarte de las cosas que realmente importan…

–Pero…

–Tras la muerte de Connor, ¿quién te va a invitar a fiestas donde se habla de generosidad hacia los demás? ¡Tu presencia en un acontecimiento de caridad haría que la gente tuviera náuseas!

En ese momento, sonó el teléfono y su padre le hizo un gesto con la cabeza, dando por finalizada su conversación. Lizzie se quería morir. Salió al vestíbulo y se dirigió a su apartamento, que estaba

detrás de la casa principal, en los antiguos establos.

Estuvo un rato sin poder reaccionar por el impacto. Llevaba diez días recibiendo continuas impresiones y ya no le quedaban lágrimas. Quince días antes había reservado una semana de vacaciones con Connor en Bali. No había podido ni decírselo ni cancelarlas, con el consiguiente gasto. Nunca se había tenido que preocupar por el dinero, pero ahora, de repente, sí.

¿Y qué importaba aquello cuando el hombre del que estaba enamorada se había prendado de su madrastra? La dulce y efusiva Felicity, tan lacrimógena que chorreaba. Connor se había enamorado de ella hasta la médula, parecía el amor de su vida y ella lo había rechazado, lo que había hecho que se suicidara.

–No quería que sucediera… ¡No lo he podido evitar! –le había dicho Connor sin importarle mucho el dolor que le estaba infligiendo con su traición.

Aquel hombre, que era su mejor amigo, incluso su futuro marido… Y no había hecho más que utilizarla desde el principio para tapar su relación con Felicity. Lizzie sintió un temblor de pies a cabeza y se tapó la boca. Sus grandes ojos verdes se miraron en el espejo. Era demasiado alta y delgada. Desde luego, no tenía las femeninas curvas de Felicity, así que no era de extrañar que Connor la hubiera preferido a ella.

¿Y Connor? Sintió una náusea. ¡Qué precio había pagado por tener una relación con una mujer

casada! Connor… había muerto. ¿Cómo podía odiarlo? En medio de todo el dolor, se alegraba de no haber hecho el ridículo al haberle ofrecido su cuerpo en Bali. ¡Habría salido corriendo!

La señora Baines apareció en la puerta.

–Me temo que tu padre me ha pedido que haga tu equipaje.

–Oh… –dijo Lizzie viendo cómo su cara cubierta de pecas se quedaba más pálida todavía. Intentó recomponerse para que la mujer no se preocupara–. No pasa nada, ya soy mayorcita, me las apañaré.

–Echarte de casa no está bien –contestó la señora Baines con fuerza. Lizzie se sorprendió puesto que, aunque llevaba muchos años con ellos, aquella mujer nunca se metía en sus asuntos.

–Solo es un malentendido familiar –dijo Lizzie encogiéndose de hombros, agradecida por aquella muestra de afecto, pero a la vez avergonzada–. Me voy a duchar.

Una vez en el baño, sorprendida por la conversación con la señora Baines, marcó el teléfono de Jen, la única amiga que le quedaba.

–Jen, ¿me puedo ir a tu casa un par de días? Mi padre me ha echado de casa.

–¿Estás de broma?

–No, te lo digo en serio. De hecho, el ama de llaves me está haciendo las maletas.

–Pues, con toda la ropa que tienes, la pobre mujer va para largo –rio Jen–. Sí, vente para acá. Así salimos esta noche y te aireas.

–No estoy para muchas fiestas.

–Tienes que salir, hazme caso. Tienes que salir a la calle, hacer frente a los fotógrafos y decirles: «Pues sí, soy yo, ¿y qué?» –exclamó su amiga–. Dejaste a Connor, sí, pero solo saliste con él unos meses. ¿Qué culpa tienes tú de que se emborrachara y se estrellase? –añadió sin pizca de tacto.

Lizzie se dio cuenta de que quedarse en casa de Jen conllevaba un precio, pero ¿qué podía hacer? No tenía dinero para ir a un hotel y el resto de sus amigos habían dejado de llamarla. Tal vez Jen, que siempre estaba de buen humor, la alegrara un poco. Tal vez, salir una noche la hiciera olvidar la desesperación que sentía.

–¿Trabajar? –dijo Jen como si la palabra le diera alergia–. ¿Tú? ¿En qué? Quédate en mi casa hasta que tu padre se calme. A ti, como a mí, nos han educado para ser objetos decorativos inútiles y convertirnos en esposas, así que no es culpa nuestra.

–Pretendo ganarme la vida por mis propios medios –contestó Lizzie con testarudez–. Quiero demostrarle a mi padre que no soy una mimada…

–Claro que lo eres. ¡No has trabajado en tu vida! Si te pones a trabajar, ¿de dónde vas a sacar tiempo para ir a la peluquería y a la manicura, para quedar a comer con las amigas o para escaparte una semana a alguna playa tropical? Sería espantoso.

La verdad es que sonaba fatal, pero tampoco

era cierto que nunca hubiera trabajado. Había hecho montones de trabajos voluntarios sin remunerar, siempre para organismos de caridad, y había demostrado que se le daba de maravilla que los ricos aflojaran el bolsillo. Otra cosa era trabajar para otros con un horario fijo y un sueldo mísero. Eso nunca lo había hecho, pero podía intentarlo…

Cuatro horas después, no se sentía tan segura de sí misma. Estaban en un bar de moda, a solo dos mesas de sus antiguos amigos, que la miraban como si la quisieran matar. Se había puesto un conjunto que no se tenía que haber comprado y Jen se había enfadado un poco cuando le había dicho que no quería beber alcohol, sino zumo de naranja. Así que, por no ofender a su única amiga, allí estaba bebiendo vodka.

–Si una amiga me dice que no quiere beber, me da la impresión de que me está tratando como si fuera superior –le dijo Jen tomándose un Tequila Sunrise en un abrir y cerrar de ojos.

Jen se fue a hablar con alguien y Lizzie se dirigió al baño. Se miró al espejo y se arrepintió de haber dejado que su amiga la convenciera para ponerse aquel top blanco y aquella falda tan corta. Aunque solía comprarse conjuntos atrevidos, luego apenas se los ponía. Mientras se preguntaba por qué sería aquello, oyó a un grupo de chicas hablando.

–¡No me puedo creer que Lizzie haya tenido la poca vergüenza de venir esta noche!

–Eso demuestra lo mala y despiadada que es…

–Tom le está advirtiendo a Jen que, si sigue

yendo con ella, corre el riesgo de quedarse sin amigos.

–¿Cómo pudo tratar a Connor así? Con lo divertido y bueno que era…

Lizzie se puso roja como un tomate y sintió unos enormes deseos de llorar. Volvió a la mesa y se bebió la copa de un trago. Aquella chicas habían sido amigas suyas. Ya no. De repente, todos la odiaban, cuando hacía pocas semanas tenía tantas invitaciones para salir que no daba abasto. Lo único que quería era irse a casa. El problema era que no podía irse a su casa y que Jen se iba a enfadar si le decía que no quería salir más.

Sí, Connor parecía una buena persona. Así lo había creído ella hasta que un día había ido a la casa de campo que tenían y se lo había encontrado acostándose con Felicity. Al recordarlo, se le heló la sangre en las venas.

Había pensado invitar a unos cuantos amigos para pasar el fin de semana. Como hacía tiempo que no iban, se acercó a la casa para ver cómo estaba. Al llegar, no vio el coche de su madrastra. Estaba feliz, en su nube, imaginando la sorpresa que se iba a llevar Connor cuando le dijera que iba a celebrar su veinticinco cumpleaños en Bali.

Estaba en las escaleras cuando oyó unos ruidos. Eran unos gemidos. Había sentido miedo. En su ignorancia, no sospechó que lo que estaba oyendo era un hombre y una mujer haciendo el amor. Supuso que era el viento y siguió subiendo. Desde el pasillo, vio con todo lujo de detalles a su madrastra disfrutando con su novio en una cama.

Felicity estaba extasiada y Connor no paraba de jadear, de decirle cuánto la quería y que no podría aguantar otra semana sin verla. Lizzie se había quedado en el sitio. Felicity la vio y se puso a llorar.

Bueno, su madrastra se ganaba la vida llorando. Lloraba por todo, incluso lloraba si la cena no estaba perfecta.

Así que no le costó mucho ponerse a llorar. Lizzie lloró y gritó, pero de verdad, antes de echarlos de la casa. Luego, quemó las sábanas en el jardín.

En ese momento, en medio de sus recuerdos, llegó Jen y le dijo que se fueran a bailar.

Sebasten estaba en la parte de arriba con el dueño del local.

–La reconoceré en cuanto la vea. Menuda…

Sebasten sintió un terrible asco. El hecho de que aquella mujer estuviera de fiesta cuarenta y ocho horas después del entierro de Connor era un claro indicio de cómo era.

–Es muy alta, aunque no muy guapa. No es mi tipo –añadió el hombre.

Aunque necesitaba un rostro para aquel nombre, Sebasten no iba a actuar allí. No era su estilo. Él devolvía los golpes de forma sutil.

Se fijó en una mujer muy alta que estaba bailando. Tenía el pelo del color de la mermelada de naranja y le caía sobre los hombros. La observó echar la cabeza hacia atrás y sintió que se le tensaban todos los músculos del cuerpo. Tenía una belleza rara y original, ojos grandes y una boca de

ensueño. Por no hablar de su cuerpo, que quedaba bastante al descubierto con el modelito que llevaba. Sebasten la miró con deseo y pensó que aquella noche no dormiría solo.

–Es esa… la rubia…

Sebasten miró en la dirección que le señalaba el hombre y vio a una rubia bajita con un pecho de escándalo. Así que esa era la bruja por la que Connor había perdido la cabeza. No lo impresionó lo más mínimo.

Vio que las dos mujeres hablaban entre sí y no le gustó, pero lo pensó mejor y le encantó. Al llegar a la mesa, Jen se volvió hacia Lizzie.

–He estado pensando que… bueno, que no sé si es muy buena idea que te quedes en mi casa…

–¿Te han dicho algo? –preguntó Lizzie, dolida.

–Mira, siento mucho lo que te está pasando, pero tengo que pensar en mí y no quiero…

–¿Que te traten como a mí? –le espetó Lizzie.

Jen asintió.

–Será mejor que te vayas a un hotel y no te dejes ver mucho. Pasa a recoger tus cosas mañana. Ya verás cómo dentro de una semana la gente ya hablará de otras cosas –dijo Jen levantándose y yéndose a la mesa donde estaban todos los demás.

Durante unos segundos, Lizzie temió irse abajo y ponerse a llorar delante de todos. Prefirió volver a la pista de baile, donde, al menos, no la veían.

Se dejó llevar por la música y se puso a bailar. Sus ojos fueron a reposar sobre el hombre que estaba en la galería. Era alto, de pelo oscuro y tremendamente atractivo.

Estaba en su salsa porque todas las mujeres lo estaban mirando y se debía de sentir como un niño en una juguetería. Lizzie se dio cuenta de que la estaba mirando. Le miró las piernas, y siguió subiendo hasta el pecho. Al llegar allí y ver que estaba plana y que tenía la cara cubierta de pecas, desvió la mirada.

«La historia de mi vida», pensó Lizzie.

Sintió unas inmensas ganas de llorar y deseó que aquel hombre se acercara a ella y la sacara de allí.

Avergonzada de sí misma por ser tan débil, se dirigió a la barra.

De repente, sintió una mano sobre la suya.

–Invito yo… –le dijo una voz al oído.

Lizzie se giró sorprendida y se sorprendió aún más al comprobar que era el hombre de la galería. Era más alto de lo que parecía y tenía unos maravillosos ojos. Era muy hombre, demasiado hombre.

Alucinada, lo vio chasquear los dedos en dirección a alguien.

–Tengo pecas… –murmuró Lizzie por si no se había dado cuenta.

–Me encantaría contarlas –sonrió él.

Lizzie sintió que aquella sonrisa entraba en su maltrecho corazón y le devolvía la vida.

–¿Te gustan las pecas?

–Mañana te lo digo –contestó Sebasten.

# Capítulo 2

MIENTRAS Sebasten y Lizzie se acercaban a la mesa que había compartido ella con Jen, sus guardaespaldas echaron sin contemplaciones a la gente que la iba a ocupar. Dos camareros aparecieron a la carrera para limpiarla.

Lizzie parpadeó sorprendida. ¿Sería el director o el dueño del local? ¿Quién iba a ser si no? El sitio estaba abarrotado, pero a ellos les estaban sirviendo las bebidas a toda velocidad mientras los demás esperaban.

Lizzie lo observó sentarse. No podía quitarle la mirada de encima. Aquel hombre era para caerse de espaldas. Tenía unas facciones delgadas de color aceituna, unos pómulos marcados, una nariz griega y la mandíbula cuadrada. Una belleza increíble que seguro que seguía así toda su vida, incluso cuando fuera mayor. Tenía el pelo negro y ondulado, la frente ancha y unas cejas bien marcadas, además de unos ojos brillantes que resaltaban entre unas pestañas larguísimas. Lizzie sintió que el corazón se le salía del pecho cuando le volvió a sonreír, pero estaba convencida de que tenía que haber un error. Era imposible que se hubiera fijado en ella.

–Me llamo Sebasten –se presentó el hombre de forma natural–. Sebasten Contaxis.

Aquel nombre a Lizzie no le decía nada, pero asintió.

–Yo me llamo Lizzie. No eres de Londres, ¿verdad?

Sebasten se rio.

–No, obviamente no, pero me encanta esta ciudad. ¿Lizzie? ¿Diminutivo de lo que yo me imagino?

–Sí, es por mi madre… así me llaman mi familia y mis amigos –contestó Lizzie sintiendo un escalofrío por todo el cuerpo. Normalmente, no se fijaba en hombres así. Aquel tipo exudaba peligro.

–Supongo que te habrás dado cuenta de que estamos hechos el uno para el otro –le dijo.

Lizzie sintió que le costaba respirar. Sabía que debería decirle que la dejara en paz, pero no quería que se fuera. Por primera vez, se sintió de verdad tentada y aquello la asustó.

Sebasten observó sorprendido cómo se sonrojaba y pensaba que, a pesar de su apariencia sofisticada, por un momento le había parecido muy joven y vulnerable.

–Sonríe… –le ordenó preguntándose cuántos años tendría.

Ante la maravillosa y tímida sonrisa con que lo premió, Sebasten se sintió sorprendidamente perdido.

–Me temo que esta noche no soy la mejor compañía –se disculpó ella.

Sebasten se levantó de repente.

–Vamos a bailar…

Mientras se levantaba, Lizzie vio que los amigos sentados en la mesa cercana estaban alucinados. Echó la cabeza hacia atrás encantada. Al fin y al cabo, le gustaba que la vieran con un hombre guapísimo y no sola.

¿Tanto como le había gustado que la vieran con Connor? Sintió una punzada de dolor en el pecho. Connor le había arrebatado la confianza en sí misma. Ella lo creía tan honrado y sincero como ella. Como no había intentado nada aparte de besarla, Lizzie había asumido que quería conocerla mejor antes de pasar a cosas más importantes. Al pensarlo, se sintió ingenua y tonta. Al enterarse de que se había estado acostando con su madrastra, que era mucho más guapa que ella, se había quedado completamente destrozada.

Sintió un brazo que la agarraba y la apretaba contra su cuerpo, y se encontró con la fuerza de Sebasten y la acalorada reacción de su propio cuerpo.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó Sebasten, un poco molesto por la mirada distante de sus ojos. No estaba acostumbrado a que una mujer no le prestara el cien por cien de su atención.

–Veintidós…

–¿Estás ocupada? –preguntó Sebasten. Quizá estuviera con otro hombre. Aquello explicaría que no estuviera interesada en él.

La pista estaba llena de gente, pero, tras mirarlo a los ojos, Lizzie solo oyó el frenético palpitar de su corazón y sintió el creciente deseo de su cuerpo.

–¿Ocupada?

–Da igual, vas a ser mía –contestó él abrazándola.

Con la misma seguridad y agarrándola de la cintura, Sebasten la condujo escaleras arriba.

«Vas a ser mía». Los hombres no solían dirigirle semejantes comentarios y, si lo hubieran hecho, Lizzie se habría muerto de risa. Se llevaba bien con los hombres, pero no la solían ver como un objeto de deseo. Sus amigos la trataban como a una hermana mayor. Probablemente porque era mucho más alta que la mayoría de ellos, era explosiva en vez de sutil, no se asustaba jamás y siempre era la primera en ofrecer su hombro para llorar.

Hasta que llegó Connor, sus relaciones habían sido muy normalitas, más de amistad que de otra cosa, y se habían terminado sin que ninguna de las dos partes sufriera demasiado. Hasta que llegó Connor no supo lo que era que la trataran mal, no había conocido el dolor ni la humillación. Lizzie se dijo que Sebasten o como se apellidara, era lo que su ego necesitaba.

La llevó a una sala vip donde solo podía entrar gente de élite. Aquello no hizo sino convencerla todavía más de que era el dueño del local. Lizzie observó el lujoso lugar con sofás de cuero y un bar en el rincón.

–Aquí arriba se oyen hasta los pensamientos del otro –comentó Sebasten.

Lizzie lo miró y se dio cuenta de lo bien vestido que iba con un maravilloso traje gris a medida.

–¿Este sitio es tuyo?

–No –contestó él, sorprendido.

–Entonces, ¿quién eres para que te presten tanta atención?

–¿No lo sabes? –preguntó él, divertido. Aquello de que no lo reconocieran era nuevo para él–. Soy empresario.

–No leo la sección de economía de los periódicos.

–Para qué, ¿verdad?

Lizzie se sonrojó.

–No soy una cabeza de chorlito.

Su padre, un hombre duro y hecho a sí mismo, no la había permitido meterse en la empresa constructora de la familia. Lizzie le había dicho que quería estudiar empresariales para ayudarlo, pero Maurice Denton se había reído a carcajadas. Se solía enorgullecer de haber educado a su hija como a una señorita y de no dejarla trabajar. Eso había sido antes, claro.

–Eres muy guapa… sobre todo cuando te pones roja y se te notan todas las pecas –bromeó Sebasten.

–Para… –contestó ella tapándose la cara.

Sebasten le tendió un vaso y ella lo agarró fascinada por su cara. ¿De verdad le parecería guapa? Se moría por creerlo. Normalmente, le decían que era muy divertida y una gran deportista. Se llevó el vaso a la boca y se bebió el contenido aunque la cabeza le estaba dando ya vueltas.

–Muy guapa y muy callada.

–A los hombres os suele gustar que os dejen ha-

blar… y yo sé escuchar –contestó Lizzie–. ¿Qué ha sido lo más emocionante que te ha pasado esta semana?

–Una cosa que me dijo una persona después de un entierro.

Lizzie abrió la boca, sorprendida, pero la volvió a cerrar.

–En el entierro de Connor Morgan… –añadió dejando el nombre en el aire. Vio cómo Lizzie se tensaba y se ponía pálida–. ¿Lo conocías?

–Me temo que nunca llegué a conocerlo bien –contestó consiguiendo mantener la compostura.

Y era cierto. No se había molestado en rascar para ver qué había tras aquel hombre extrovertido, nunca pensó que la fuera a engañar sin el menor remordimiento.

–Yo tampoco… –comentó Sebasten con gravedad. Lizzie sintió un escalofrío en la columna vertebral.

–Prefiero no hablar de ello… –apuntó preguntándose si Sebasten sabría los rumores que corrían por ahí.

Sebasten sabía que debería estar intentando sonsacar a la rubia bajita y voluminosa que había engañado a su hermano, pero no podía dejar de mirar a aquella belleza. Se fijó en su elegante cuello y fue bajando la mirada hasta encontrarse con dos delicados pechos. En aquel momento, toda su atención se concentró allí. Se dio cuenta de que los pezones intentaban asomar bajo la tela y la excitación que ya sentía se convirtió en dolorosa. Sin pensarlo, dejó el vaso y la agarró.

Lizzie lo miró a los ojos y se sorprendió ante el deseo que vio en ellos. Tembló y sintió que se le aceleraba el corazón. Sorprendida, comprobó que lo deseaba y aquello la confundió. Tenía la boca seca, el pulso a mil por hora, las rodillas temblorosas. Sintió la mano de Sebasten deslizarse hasta su trasero y apretarla contra su cuerpo. Al sentir la dureza de su miembro, se estremeció y, al comprobar que su cuerpo estaba igual de excitado, se avergonzó.

–Eso me gusta… –dijo él con voz grave. Estaba claro que se había dado cuenta de su estado, de su respiración acelerada y de cómo lo miraba.

–No te conozco –dijo Lizzie, más para sí misma que para él. No le valió de nada. Estar tan cerca de él era como estar en una montaña rusa justo en el momento en el que el coche se va a precipitar por la cuesta más empinada. No quería perdérselo.

–Yo te enseñaré a conocerme… –dijo Sebasten atravesándola con la mirada–. Te enseñaré todo lo que necesites saber.

–Me gusta ir despacio…

–A mí me gusta ir rápido –contestó él. Sin dudarlo, le acarició un mechón de pelo y le pasó el dedo por el labio inferior–. Tan rápido como para que te deje sin aliento y sigas pidiendo más.

A Lizzie le temblaron los labios. Le costaba pensar. Sus hormonas se lo impedían. Lo único que quería era que la besara. Se tuvo que contener para no ser ella la que empezara. Nunca había sentido nada parecido. Era como estar soñando.

Cuando sintió sus labios juguetones y expertos,

se dio cuenta de que aquello no era para nada un sueño. Su cuerpo nunca había experimentado nada igual. Se apretó contra el cuerpo de él y lo abrazó con fuerza, emitiendo un gemido desde lo más hondo de su ser porque ya no aguantaba más.

Sebasten reaccionó con furia incandescente. Le dio lo que Lizzie tanto ansiaba sin ni siquiera saberlo. Al sentir su lengua dentro de su boca, el erotismo fue total, sintió como si todas las células de su cuerpo explotaran de pasión. Su propia excitación la asustó porque era la primera vez que sentía algo así en brazos de un hombre.

–*Theos mou* –gimió Sebasten levantando la cabeza–. Me estás poniendo a mil…

Lizzie parpadeó confundida. Solo entonces se dio cuenta de que sus pezones competían por salirse del top y de las pulsaciones que sentía entre las piernas. La sorprendió el agradable dolor que le provocaban ambas sensaciones. Era como si su cuerpo hubiera dejado de ser suyo, no paraba de lanzar señales indicadoras de que el único lugar donde quería estar era pegado al cuerpo de Sebasten.

Sebasten la arqueó hacia atrás y observó la tentación de sus senos. Lizzie se agitaba como si estuviera en mitad de una tormenta. Había un sofá muy cerca. Sebasten no podía esperar. La quería poseer allí y ya, quería poseerla con fuerza para aplacar su deseo. De repente, consiguió controlarse y decidió que prefería llevarla a su casa y tomarse su tiempo porque ya sabía que con una vez no sería suficiente.

Lizzie dejó de besarlo y tomó aire. Llegar hasta

la mesa donde Sebasten había dejado su copa fue todo un esfuerzo. Tomó la copa y se la llevó a los labios mientras intentaba dilucidar qué le estaba pasando. Quería saberlo todo de él, desde el mismísimo momento de su nacimiento. Quería conocerlo como nadie nunca lo hubiera conocido. Al mirarlo, sintió una loca felicidad.

–Nunca me he sentido así –rio.

–No quiero que me cuentes cómo te has sentido con otros –la advirtió él–. Vamos… –añadió tendiéndole la mano.

Lizzie le dio la suya.

–¿Siempre eres así de mandón?

–¿Por qué lo dices? –susurró Sebasten en tono de broma. La verdad era que Lizzie había obedecido sin pensarlo. Como todas las demás, claro. En toda su vida, ninguna mujer lo había despreciado.

La condujo escaleras abajo, donde unas cuantas personas los miraron con curiosidad, hacia la salida. Lizzie sentía las emociones a flor de piel. Al recordar la fuerza de sus manos sobre sus pechos, se sonrojó. Normalmente, no permitía a un hombre esas confianzas. ¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde la llevaba? Sebasten la encontraba guapa y quería estar con ella. Era la única persona en el mundo, de hecho, porque su padre y sus amigos la habían abandonado.

Una vez en la acera, el conductor de uniforme abrió un paraguas para protegerlos de la lluvia y les abrió la puerta de la limusina plateada. Lizzie decidió no pensar demasiado lo que estaba ha-

ciendo y miró a Sebasten. El sentimiento de que estaba haciendo lo correcto la volvió a invadir.

–¿Dónde has nacido? –le preguntó.

–En una isla tan grande como un sello que está en el mar Egeo. ¿Y tú? –contestó Sebasten sonriendo mientras la abrazaba.

–En Devon –contestó Lizzie, encandilada con su sonrisa–. Mis padres se vinieron a vivir a Londres cuando yo era muy pequeña.

–Fascinante –bromeó él acariciándole el pelo y besándola. Lizzie se dejó llevar por su olor y sabor. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que Sebasten le lamiera el cuello.

En algún momento, salieron del vehículo, subieron unas escaleras y atravesaron un vestíbulo. De repente, Lizzie se encontró tropezándose en una escalera.

–¿Estás bien? –le preguntó Sebasten sujetándola.

–Son estos zapatos… –contestó ella, mortificada, quitándose las sandalias de tacón allí mismo.

–¿Has bebido mucho? –le preguntó él con los ojos entornados.

–Casi nada –contestó Lizzie haciendo un esfuerzo sobrehumano para que no se le trabara la lengua. De repente, sintió un terrible pánico. No quería que la rechazara como habían hecho todos los demás.

Sebasten la condujo a un enorme dormitorio con una magnífica cama en el centro. Lizzie se preguntó qué iba a hacer. No conocía a aquel hombre y era virgen. Nunca se había sentido se-

xualmente atraída por ningún hombre hasta que había conocido a Connor. Había querido que él fuera el primero. Al recordar el momento en el que se lo encontró en la cama con su madrastra, todos sus prejuicios y temores se evaporaron. Por culpa de esos mismos prejuicios, no se había dado cuenta de que la falta de apetito sexual de Connor era sospechosa. Claro, no tenía ninguna experiencia en el tema.

Se dio la vuelta y se quedó mirando a Sebasten con sus enormes ojos verdes brillando en mitad de la oscuridad como dos esmeraldas. Aquel hombre era realmente guapo y aquella noche era suyo y solo suyo. Nunca había conocido a alguien como él. Era un hombre muy seguro de sí mismo que la atraía sin remedio, como si tuviera un imán. Lizzie echó la cabeza hacia atrás y sacudió su cabellera de color de mermelada de naranja.

–Puedes besarme otra vez –le dijo.

Sebasten se rio y obedeció con tanta vehemencia, que la dejó sin aliento. La tomó en brazos y la depositó en la cama. ¿Qué tenía aquella mujer que la hacía diferente a todas las demás? De repente, se mostraba callada y misteriosa y, al minuto siguiente, era apasionada e incitante.

–¿Se te da todo lo demás tan bien como besar?

Sebasten dejó la chaqueta en una silla, encantado por la pregunta.

–¿Tú qué crees?

Lizzie no podía pensar. Cuando él se desabrochó la camisa, sintió que se le ponía la carne de gallina y que la boca se le secaba. Aquel hombre

era puro músculo, desde los hombros, perfectos, hasta los abdominales, bien marcados.

–Que eres muy sexy –confesó.

–Como tú… –dijo él yendo hacia la cama.

–¿Ah, sí? –dijo ella con el corazón martilleándole el pecho. Se sentía como una adolescente que ve por primera vez a su ídolo: mariposas en el estómago, cabeza en blanco y dientes casi castañeteando por los nervios. Pensó que iba a cometer un gran error y que debía salir de allí corriendo.

–*Ne*…

–¿No? –dijo Lizzie, confusa.

–*Ne* quiere decir «sí» en griego –contestó tumbándose a su lado con una gran sonrisa.

–¿Eres griego?

–Al cien por cien –contestó él acariciándole el pelo–. Me encanta tu pelo… ¿Cómo te apellidas?

–Bewford –mintió Lizzie dando el apellido de soltera de su madre por temor a que reconociera el suyo.

–Así no te perderás de mí.

–¿Te importaría? –dijo ella poniéndole la mano temblorosa en el brazo.

–Claro que sí, *pethi mou* –contestó Sebasten pensando que quizá pudiera batir su récord. Nunca había salido más de tres meses con una mujer. Incómodo por aquella idea, la besó.

Lizzie respondió a su beso y deslizó sus dedos entre aquel pelo negro tan tentador. Sebasten la tumbó sobre la almohada y siguió besándola por el cuello.

Lizzie estaba como en una nube. Sebasten en-

contró su pulso bajo la oreja y, entonces, ella sintió que todo el cuerpo estaba vivo, que no podía dejar de moverse. Ni siquiera oyó el ruido de los tirantes del top, solo percibió el aire fresco sobre el pecho, como un alivio. Sebasten le quitó la falda y la dejó solo con las braguitas blancas de encaje.

–Eres perfecta –jadeó avanzando con la boca hacia aquellos pequeños montículos rosados que llevaba tiempo anhelando saborear.

Lizzie gimió de placer y sintió espasmos por todo el cuerpo. Nunca había sentido algo así, era como un dolor placentero que la sorprendió hasta límites insospechados. Le costaba respirar y controlar su cuerpo. La excitación no la permitía pensar, sentía el corazón desbocado y un calor abrasador entre las piernas.

–Háblame… –dijo Sebasten.

–No… puedo –contestó Lizzie en un hilo de voz.

Sebasten se quedó mirándola.

–Estás borracha…

Lizzie se quedó de piedra ante aquella acusación y se incorporó.

–Estoy…

–Como una cuba… ¡No es mi estilo! –apuntó él levantándose de la cama.

–¿Cómo?

Sebasten la miró con desagrado mientras se preguntaba cómo había sido tan tonto de no darse cuenta del estado en el que se encontraba aquella mujer.

–Ya sabes que hay que dar el consentimiento –se burló–. ¡Nunca se me ocurriría acostarme con una mujer que está demasiado borracha como para saber lo que hace!

Lizzie intentó levantarse de la cama y lo único que consiguió fue caer de bruces sobre la alfombra. Con gran esfuerzo, alzó la mirada hacia él. Aquella situación se le había ido de las manos y estaba resultando de lo más embarazosa.

–¿Crees que podrías conseguir que se me pasara la borrachera y luego seguimos? –susurró esperanzada.

# Capítulo 3

SEBASTEN la miró y se preguntó qué iba a hacer.

Al fin y al cabo, tenía una responsabilidad hacia ella, ¿no? La había hecho beber y la había llevado a su casa. Tal y como estaba, no le parecía bien meterla en un taxi sola ni decirle a su conductor que se encargara de ella. Él también había bebido, así que no la podía llevar personalmente a su casa.

En mitad de aquel silencio sepulcral que la habría matado de vergüenza si hubiera estado sobria, Lizzie se quedó mirando atentamente la alfombra. Sebasten estaba arrodillado a su lado mirándola con frustración.

–Si quieres, puedo dormir aquí en el suelo –dijo ella.

Sebasten se miró en aquellos enormes ojos verdes y vio que Lizzie comenzaba a sonreír.

–La verdad es que… no me puedo levantar… no siento las piernas.

Sebasten tuvo deseos de zarandearla para ver si recobraba el juicio. ¿No se había dado cuenta del peligro que corría en casa de un desconocido o de lo peligroso que era beber tanto porque era impo-

sible defenderse? La idea de que se comportara así con otros hombres lo enfureció.

–¿Te sueles comportar así? –le preguntó secamente.

A Lizzie se le quitaron las ganas de reírse.

–No… solo contigo… perdón –contestó ella volviendo a mirar con atención la alfombra.

Sebasten se levantó y encargó café y sándwiches por teléfono. Se quedó contemplando a su víctima con intensidad antes de ir a abrir la ventana para que entrara la brisa nocturna.

Lizzie se estremeció al sentir el frío en la espalda. Sebasten la miró sin remordimientos. Claro que, podía hacer que se le pasara la borrachera… y, luego, a casa. Tomó una sábana y se la puso por encima antes de agarrarla en brazos para llevarla al baño.

–Tengo sueño…

–Tienes que despertarte –la informó él sentándola en la ducha con dificultad.

–No –dijo ella con los ojos abiertos como platos al sentir el agua caerle por encima–. No me quiero mojar.

–Pues es lo que hay –contestó él poniéndose en medio para que no saliera.

En lugar de luchar, Lizzie se dejó caer al suelo como a cámara lenta. Se hizo un ovillo, encantada de sentir el agua calentita.

–¡Levántate! –le ordenó Sebasten.

Lizzie cerró los ojos.

–Tengo sueño –masculló–. Buenas… noches…

Sebasten se metió en la ducha apretando los

dientes y cerró el agua caliente. Complacido, la vio dar un respingo al sentir el agua helada. Lo malo fue que se tuvo que volver a meter para sacarla y se caló él también.

–¡Tengo frío! –exclamó Lizzie.

–¡Yo también me estoy congelando! –contestó él con la ropa pegada al cuerpo.

Le estaba bien empleado. Aquella mujer era demasiado joven e inmadura para él. ¿En qué estaría pensando? Llevarla a su casa había sido un gran error y aprovecharse de una estúpida nunca había entrado en sus planes.

–Mucho… frío –se quejó Lizzie.

–Menos mal que decías que no eras una cabeza de chorlito –le recordó Sebasten en voz alta, mirándola. No tenía restos de maquillaje, pero sus ojos seguían siendo increíbles. No se podía creer que estuviera en la ducha con una mujer borracha. No le resultaba normal verse en situaciones así.

–No –dijo Lizzie con inesperada fuerza, levantando el mentón.

Llamaron a la puerta y Sebasten tuvo que soltarla. Lizzie se deslizó hasta el suelo.

–No te muevas… –le dijo cerrando el grifo. Atravesó la habitación dejándolo todo mojado a su paso.

Abrió la puerta a un miembro del personal, que se quedó alucinado al verlo en semejante estado, y la volvió a cerrar de un puntapié antes de dejar la bandeja junto a la cama.

Cuando volvió al baño, se encontró a Lizzie a gatas intentando salir de la ducha.

–¿Te encuentras mejor?

–¡Me encuentro fatal! –exclamó ella con los dientes castañeteándole de frío–. ¡Te odio! –le dijo con ira.

Estaba patética. Sebasten tomó una gran toalla de baño y se agachó para secarla. Ella se dejó y se acurrucó contra su cuerpo. Sebasten la tomó en brazos y la llevó a la cama de nuevo para ir un momento al baño a quitarse la ropa mojada.

Aquello era como tener que cuidar a una niña pequeña. Apretó los dientes. No estaba acostumbrado a cuidar de nadie. Y él que había creído que iba a ser una noche de sexo y lujuria…

–Cierra la ventana… –suplicó Lizzie pensando que estaba en manos de un completo sádico.

–Sí, ahora sí que se te está pasando la borrachera –dijo Sebasten cruzando la habitación y vestido solo con unos vaqueros.

Lizzie parpadeó y se quedó mirándolo. Los pantalones le sentaban de maravilla. Sonrojada, miró hacia otro lado. La ducha fría le había despejado la mente. Sebasten la echó hacia delante, le colocó unos almohadones en la espalda y le sirvió el café.

–No me apetece café…

–Te lo vas a tomar –dijo él señalándole la bandeja de sándwiches–. Come.

–No tengo hambre.

–Tienes que comer para empapar el alcohol que te has tomado.

Avergonzada, Lizzie alargó la mano para comer un sándwich.

–No me suelo emborrachar… no soy así… Es que he tenido un día de perros…

–¿Por eso has decidido darme a mí una noche de perros? –le espetó Sebasten sin pizca de delicadeza–. Puedes dar gracias…

–¿Por qué? –dijo ella luchando para no llorar.

–Porque estás sana y salva. Te podrías haber ido con otro hombre y estar ahora en una situación completamente diferente.

Lizzie se estremeció al comprender y tragó saliva. Le dio un mordisco al sándwich, que estaba delicioso. La verdad era que tenía hambre. Se bebió el café con esfuerzo porque lo solía tomar con leche.

Sebasten observó cómo se comía todos los sándwiches y pensó que, para estar tan delgada, comía bastante.

–¿Cuánto hacía que no comías?

–Desde el desayuno –contestó ella recordando que solo había tomado una tostada. No había comido porque su padre la había llamado justo un poco antes para decirle que quería hablar con ella. Una vez en casa de Jen, su amiga no le había ofrecido nada de cena, sino un vodka.

–No me extraña que te cayeras de bruces –apuntó Sebasten rellenándole la taza de café.

Lizzie empalideció.

–No perdonas con facilidad, ¿eh?

–No –contestó él sin disimulos–. ¿Por qué has tenido un día de perros?

Lizzie se pasó los dedos por el pelo con nerviosismo.

–Porque mi padre me ha dicho que me fuera de casa y me pusiera a trabajar.

–¿Sigues viviendo en casa de tus padres con veintidós años? ¿Estás estudiando? –preguntó Sebasten, estupefacto.

–No –contestó Lizzie sonrojándose–. Dejé de estudiar a los dieciocho. Mi padre no quería que me pusiera a trabajar, solo que me lo pasara bien.

Sebasten observó los pendientes y la pulsera de diamantes que llevaba y pensó que podían ser verdaderos. Sin embargo, aquella chica no hablaba como los miembros tontos de las clases altas inglesas. Debía de ser de una familia de dinero, pero sin pedigrí. Ingrid, que daba mucha importancia a esas cosas, lo había enseñado a diferenciar a los ricos de siempre de los nuevos ricos de Londres.

–No, lo de pasármelo bien no iba por lo de esta noche –le aclaró ella a la defensiva–. ¡Ha sido una metedura de pata!

–Así que estabas muy disgustada porque tu padre quiere que te pongas a trabajar. ¿Por eso has accedido a venir a mi casa? –le preguntó oliéndose que, en realidad, aquella chica sabía perfectamente quién era.

Ofendida, Lizzie tomó aire. Se le estaba pasando la borrachera y se había dado cuenta de que estaba en casa de un hombre que tenía más dinero que ella. Levantó el mentón.

–No, la verdad es que, ahora que me estoy recuperando, no tengo ni la más mínima idea de cómo he accedido a venir a tu casa, porque no me gustas ni un pelo.

Sebasten sonrió desconcertándola. Dos ojos verdes lo miraban encendidos y su dueña estaba tiesa como una reina medieval. Era una pena que el estar enrollada en una toalla no la acompañara.

Al ver de nuevo su encantadora sonrisa, Lizzie sintió que se le aceleraba el corazón y se le secaba la boca. De repente, tuvo muy claro por qué estaba en su casa. Si tenía la boca cerrada, aquel hombre era simplemente irresistible.

–Estás enfadada porque has hecho el ridículo, pero puede que te haya hecho un gran favor…

–¿Te refieres a haber abierto las ventanas de par en par y a haberme metido en la ducha con agua fría?

–Sí, y la próxima vez que vayas a excederte con la bebida te lo piensas mejor al recordarlo.

Sebasten no estaba acostumbrado a discutir con las mujeres y experimentó una maravillosa satisfacción al vencerla. Se descubrió excitado de nuevo. Quería echarla de espaldas y demostrarle lo que podría haber sucedido si no hubiera sido un caballero. Tal deseo lo sorprendió. Se la imaginó jadeando bajo su cuerpo y sintió que la ingle le quemaba.

Lizzie notó su mirada abrasadora y se quedó sin palabras. Se dirigió al borde la cama y puso los pies en el suelo.

–Me tengo que ir –anunció.

–¿Dónde vives?

–Ahora mismo, en ningún sitio –contestó tras pensarlo–. Debo buscar un piso. Tengo las maletas en casa de una amiga, pero no me puedo quedar allí.

Sebasten la vio levantarse con cuidado y desaparecer en el baño. Lizzie cerró la puerta y se miró en el espejo. Era absurdo intentar quedar bien. Estaba claro que Sebasten le hablaba con superioridad.

Comenzó a peinarse mientras pensaba que la podía haber dejado en la calle o haberse aprovechado de ella. ¡La verdad era que había impedido que cometiera un gran error! Ya tenía suficientes problemas como para andar con un hombre que no conocía de nada. Y, menos, irse a su casa. Debía estarle agradecida porque no hubiera pasado nada más entre ellos…

Sin embargo, no era así. Sintió ganas de llorar, pero se controló con determinación. La verdad era que Sebasten le seguía pareciendo irresistible y que lo había estropeado todo. Ya no había nada que hacer. Era normal que estuviera enfadado. No había nada de apasionado en tener que meter a una mujer en la ducha para que se le pasara la borrachera. Estaba furiosa consigo misma. Nunca se había sentido tan atraída por un hombre. ¿Por qué había tenido que ser, justamente, una noche en la que estaba completamente ebria?

Deseó haber recogido su ropa antes de meterse en el baño. Recordó lo que había pasado, cómo se había comportado con él y se avergonzó terriblemente. Como no había más remedio, abrió la puerta.

Estaba amaneciendo. Había albergado la esperanza de que Sebasten se hubiera dormido o se hubiera ido, pero no era así.

Estaba viendo el canal de economía en el televisor. En cuanto la oyó, se levantó y se quedó mirándola. Con la toalla alrededor del cuerpo y el pelo peinado hacia atrás, se le antojó todavía más guapa.

–Si quieres, te puedes quedar a dormir en una habitación de invitados –se oyó a sí mismo decir.

–Gracias, pero creo que será mejor que me vaya –contestó ella mirándolo intensamente–. Ya te he quitado suficiente tiempo.

Sebasten hizo una mueca. Era como una niña pequeña que quisiera irse de una fiesta de cumpleaños aburridísima sin parecer maleducada. La observó mientras recogía su ropa y sus zapatos. Estaba claro que se sentía avergonzada a más no poder. Aquello lo conmovió.

–¿Estás sobria?

Al verla mojarse el labio superior con la punta de la lengua en actitud de total nerviosismo, sintió una dolorosa punzada en la entrepierna.

–Completamente… –contestó ella intentando sonreír.

–Entonces, quédate… –susurró Sebasten.

Lizzie lo miró sorprendida.

–Pero…

–Con ciertas condiciones, claro –le dijo él suavemente–. Tienes que tocarte la punta de la nariz con los ojos cerrados. Solo tienes una oportunidad.

Lizzie no pudo evitar reírse. Lo miró. Seguía sólo con los vaqueros e igual de irresistible. Cerró los ojos y le siguió la broma. Se tocó la nariz sin problema, aunque estaba decidida a irse.

–Ahora, abre los ojos y camina en línea recta.

Lizzie se giró hacia la puerta encontrando la situación bastante divertida.

–Cobarde.

–Tú también tienes que hacerlo.

Sebasten enarcó una ceja.

–Estás muy seguro de ti mismo –le dijo–. No te gusta que sugiera ni por asomo que no controlas.

–Normal. Soy un hombre.

No, para Lizzie no lo era. Ella estaba acostumbrada a hombres más jóvenes que no hacían diferencias entre hombres y mujeres, pero estaba claro que él no era así. Estaba claro que era el típico duro que no destapaba sus sentimientos pasara lo que pasara. No era su tipo en absoluto.

Sebasten fue en línea recta hacia la puerta donde ella estaba.

–¿Satisfecha?

–Sí… los dos estamos sobrios… Me tengo que ir a vestir –dijo confusa al tenerlo tan cerca.

–No sé para qué. Te voy a volver a desnudar… –la advirtió Sebasten.

Lizzie sintió una deliciosa descarga eléctrica por la espalda.

–Me has dicho que anduviera en línea recta y me he ido hacia la puerta. Está claro el mensaje, ¿no?

–Puede, pero tu tórrida mirada me dice que me sigues deseando –contestó él sin dudarlo un momento.

–¡Menudo ego! –exclamó Lizzie, desconcertada.

–Bien ganado, te lo aseguro… como la fama que tengo –le dijo agarrándola de la cintura–. Podríamos hacer un experimento…

–No… nada de experimentos –lo interrumpió ella, nerviosa–. No hagas ese tipo de cosas, Sebasten. No tengo aventuras de una noche. No me acuesto con hombres a los que acabo de conocer. La verdad es que no tengo experiencia en estos temas y te ibas a aburrir…

Sebasten se dio cuenta de que una de las cosas que más lo atraía de ella era que tenía cierto grado de inocencia. Aquello de tener que convencer a una mujer para que se acostara con él era todo un reto.

–Me encantas. Desde el primer momento que te vi.

–No me tomes el pelo… –dijo ella mirándolo a los ojos. Estaba tan hecha polvo, que se moría por creerlo. Lo tenía tan cerca, que le costaba respirar. Quería apretarse contra él y volver a sentir su boca insaciable.

–No te estoy tomando el pelo. Me he quedado impactado nada más verte –sonrió él.

Lizzie se sintió perdida. De nada servía fingir. Se acercó a él y lo besó. Al sentir sus labios de nuevo, la excitación volvió a aparecer.

Sebasten la llevó a la cama. Le acarició los pechos con las manos y la lengua.

–¿Tienes protección? –preguntó Sebasten.

–Sí… –contestó ella. Había comenzado a tomar la píldora al mes de estar con Connor. Prefirió apartarlo de su mente. Aquel chico le había hecho mucho daño, pero ahora tenía la oportunidad

de empezar algo nuevo… con Sebasten. No tenía miedo. Parecía que él sentía lo mismo.

Al verlo levantarse para quitarse los pantalones, no pudo evitar sonrojarse. Sintió que la excitación de lo que iba a pasar le agarrotaba todas las terminaciones nerviosas del cuerpo.

Se volvió a tumbar junto a ella y Lizzie le acarició el torso. Nunca había sentido la necesidad de explorar el cuerpo de un hombre, pero ahora se moría por tocarlo. Deslizó los dedos hasta su tripa y sintió cómo se contraían sus músculos.

–No te pares, *pethi mou* –dijo Sebasten.

Lizzie siguió bajando hasta encontrarse con su masculinidad. Era suave y muy grande.

–Así –le dijo enseñándola cómo le gustaba que lo tocaran. Era la primera vez que se lo tenía que explicar a una mujer. Lejos de enfadarse, aquello no hizo más que ponerlo a mil.

Lizzie también estaba completamente excitada. Apretó los muslos y sintió la humedad entre las piernas. Sebasten la besó haciéndola temblar.

Jadeando, él dejó de besarla para mirarla fijamente a los ojos.

–Nunca he deseado a otra mujer como te deseo a ti.

La apretó contra sí y le acarició los pechos con manos expertas. Lizzie sintió espasmos por todo el cuerpo. Al sentir su mano entre las piernas, gritó de placer. Aquel placer era demasiado intenso. No quería que parara. Aquel tormento agridulce la estaba haciendo perder el control. Todas aquellas sensaciones eran completamente nuevas.

–Te necesito… ahora –dijo él emitiendo una especie de aullido.

Se colocó sobre ella, le levantó la cadera y se introdujo en su cuerpo. A Lizzie no le dio tiempo ni a reaccionar. Ya lo tenía dentro y solo sentía una mezcla de dolor y deseo incontrolable. Le había dolido, pero el placer era también tan intenso que le dio igual. Sebasten gimió encantado y la miró sorprendido. Lizzie arqueó la espalda invitándolo a seguir y él no se pudo negar. Con ritmo acompasado, la hizo sentir un placer que no se había imaginado que existiera. La llevó a cotas inaccesibles de excitación antes de llenarla de fuegos artificiales y alcanzar él también el orgasmo.

–Impresionante –murmuró en griego tomándola entre sus brazos y mirándola fijamente. Le acarició el pelo y la volvió a besar–. Me parece que esto va a haber que repetirlo varias veces…

–Mmm –dijo ella, encantada. No podía dejar de sonreír como una idiota.

Sebasten estaba seguro de que era virgen, pero no quería hablar de ello en aquel momento. Lo divertía haberla tenido que enseñar. Un segundo después, el deseo los volvió a engullir durante horas.

Lizzie se despertó dolorida.

Sebasten estaba dormido, así que se deslizó hasta el baño sin hacer ruido y se lavó el pelo. Aquello había sido una locura, pero no cabía en sí de gozo. Creía estar enamorada de Connor, pero lo

que acababa de pasar demostraba que no. Connor nunca la había hecho sentirse así…

Estaba asustada, pensó mientras se secaba el pelo. Estaba en territorio extraño y temía que Sebasten la tomara como una aventura de una noche y no quisiera volver a verla. Tal vez, se lo merecía por haberse emborrachado. Se avergonzó de su comportamiento.

Al otro lado de la puerta, en la habitación, Sebasten se preguntó si debía tener en cuenta lo de la borrachera o no. No creía que Lizzie bebiera asiduamente, pero no quería correr riesgos. Se sorprendió pensando que quería seguir viéndola.

Se levantó y pidió el desayuno. Iba hacia el baño para reunirse con ella cuando pisó el bolso de Lizzie. Maldijo y, al levantarlo, se cayó todo lo que había dentro. Mientras lo recogía, encontró el carné de conducir y su nombre quedó ante sus ojos.

Liza Denton.

¿Cómo es que Lizzie tenía el carné de otra mujer? Sebasten frunció el ceño hasta que se fijó en la foto y la verdad lo golpeó de lleno. Había creído que Lizzie venía de Elizabeth, pero lo cierto es que también podía derivar de Liza. Recordó que el dueño de la discoteca le había señalado a la rubia bajita, pero se dijo que también podría haberle señalado a Lizzie porque estaban la una junto a la otra.

Volvió a mirar la foto pasmado. Lizzie era Liza Denton, la despiadada mujer que había destruido a su hermano. Se estremeció. ¡Le había dicho que